Círculo Rojo
EDITORIAL

El ocaso del delito

El ocaso del delito

STAVGORIN

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2026

Depósito legal: SE 2418-2026
ISBN: 979-13-7060-371-7

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Stavgorin
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

A mis amigos

ÍNDICE

CAPÍTULO I
Los niños sin ley 11

CAPÍTULO II
El Despertar 37

CAPÍTULO I
LOS NIÑOS SIN LEY

Como casi todas las historias con un final por descubrir, esta que aquí se inicia ahora comienza en un lugar que ha sido común a casi todas las personas durante, al menos, un periodo a lo largo de sus vidas: un colegio. Había allí gran diversidad de juegos en el recreo, más allá del horario lectivo. Los juegos fueron variando según las edades del alumnado, hasta que, al llegar al final de Primaria, es decir, a la conclusión del ingreso en la escuela, se acabaron tales juegos de divertimento y pasaron a convertirse en otros juegos más arriesgados, propios de la delincuencia juvenil.

Los juegos del tiempo de recreo comenzaban con uno anterior al horario escolar. Se fundamentaba en un mito. El conserje, Ilario, se decía que, antes de comenzar su jornada de vigilancia de los niños, dejaba a dos perros, pastores alemanes, libres en el terreno del recreo. Por ello, ya antes de entrar en el recinto de la escuela, acontecía, en el imaginario colectivo de los alumnos, el miedo a entrar en el colegio lo suficientemente pronto como para ser atacado por esas dos bestias perrunas.

Otros juegos fueron los de la peonza. De lo que trataban era de hacerla girar en el suelo, tirando de una cuerda que la rodeaba, para proporcionarle el impulso de una inercia centrípeta. El ma-

yor acierto era coger la peonza, una vez que estaba girando en el suelo, con una mano, de modo que siguiera dando vueltas sobre la palma de esta. Pero había una técnica, dentro del juego, que implicaba mayor destreza. Esta consistía en romper una peonza rodante con otra, al incidir esta última con la punta de metal contra la corona de la primera mientras esta giraba en el suelo. Por ello se adornaban las peonzas con chinchetas clavadas en la parte superior, pues se creía que el metal de estas impediría que el impacto de las peonzas arrojadizas las rompiera. Si se conseguía esta meta, es decir, romper la peonza, el jugador perdedor tenía que buscarse otra distinta, pues la suya anterior quedaba hecha añicos como consecuencia de la puntería del jugador atacante; esto es, el que tiraba de la cuerda que rodeaba la segunda peonza para que girara y fuera a dar en el centro de la parte superior de la del contrincante, con el hierro de su punta y el movimiento incisivo producto de la potencia con la que era arrojada la peonza hacia abajo, en dirección a la otra peonza del jugador que hacía a la suya dar vueltas en primer lugar.

Otro divertimento era jugar al gua. Este juego consistía en hacer un agujero en el suelo. Tal agujero era el destino al que tenían que dirigirse las canicas que poseían los jugadores en su mano, una para cada uno, de modo que trataran de colarlas en tal gua desde una distancia marcada en el suelo a partir de una línea que se dibujaba en la arena, arrastrando la suela del zapato sobre la superficie de la tierra del recreo, enfrente justo del agujero al que iban a parar las canicas, o en sus cercanías, después de ser lanzadas desde tal posición inicial. Después, el turno correspondía al que colaba la canica en el gua o, si ninguno la introducía en el agujero en este lanzamiento inicial, el inicio del juego correspondía al que quedaba más cerca del orificio horadado en la tierra al arrojar antes la canica. Solía este estar situado en el lugar que correspondía a la unión del suelo de tierra con el muro del vallado del recreo. El vallado se superponía a un muro de ladrillo en algunas partes del

patio; de hecho, en casi todo el patio de recreo, en los lados norte, oeste y este, había muro y verja sobre este último. En otras partes, en el lado sur, solo había verja sin muro, aunque la altura del recreo allí era elevada y se alzaba sobre un vacío que era superado por un muro de cemento exterior que daba hasta el suelo en ese lugar extramuros del patio. En esta parte del recreo, los niños solo estaban protegidos del exterior y de caerse desde lo alto por una red de hilos de aluminio que formaban un vallado. Esta valla, que daba al sur, impedía que los niños cayeran desde unos tres metros de altura hacia el exterior del patio de juegos, hacia la carretera que rodeaba el colegio. Era precisamente en ese lado sur donde Federico y Tomás se ponían a mirar las nubes, tratando de darles forma con el poder de sus mentes. Tomás le decía a Federico que esa técnica se la había contado su padre y que servía para ejercitar el poder del pensamiento por medio de la formación de figuras en las manchas blancas del celaje. Y así se pasaban los dos horas y horas mirando y elaborando la forma de los cumulonimbos en las horas del recreo con la fuerza de su razón. Pero, volviendo a referirnos al juego de las canicas, al gua, he de especificar los distintos roles que se producían dentro del juego, como le aconteció a Federico al adoptar, por destreza en el gua, el papel de banquero mafioso. Todo comenzó para él ganando unas cuantas manos. Amontonó una buena cantidad de canicas. Tantas que los que no tenían ninguna se las solicitaban a él en préstamo, a condición de que le devolvieran el doble de las que les prestaba. Llegó el día en que tuvo que contratar a alumnos chungos de otras aulas como esbirros que propinaban palizas a los deudores de canicas que no pagaban. Después, el juego del gua terminó y el rol de Federico cambió de ser el de Rockefeller al de ser Jesucristo; tal fue la paliza que le propinaron sus víctimas, los compañeros deudores del juego del gua que habían sido ajusticiados por la camorra que contrataba Federico a cambio de canicas, una vez que estos dejaron de obedecerle y el juego de las canicas hubo acabado y fue

prohibido por la dirección del colegio, poniendo todo a favor de que tales víctimas se tomaran la venganza por su mano.

Otro juego que disfrutaban los niños era el de la suposición del narcotráfico. Alguien llegaba a la escuela con harina y la hacía pasar por cocaína. Era el juego de los retruchos del colegio. Había que camuflar la droga y, si se advertía que llegaba a haber chivatos, eso terminaba mal. El juego duró poco, pues los profesores lo atajaron pronto, pero a Luis se le quedó grabado el ficticio narcotráfico escolar y, por lo divertido que le pareció el juego, se hizo, de adolescente, adicto a la cocaína. Sus amigos de juegos infantiles, un día que hicieron una celebración, años después, le vieron sin que él les reconociera. Se observaba que tenía una cicatriz que le rodeaba toda la cabeza.

En las postrimerías del verano, se entretenían los niños con el agua de la fuente. La utilizaban para jugar a las bolas de agua. Era lo que se llamaba «la guerra del agua». Existían dos formas de jugar que, a la vez, podían combinarse. La primera consistía en llenar globos de agua en la fuente. Con ellos se creaban ejecuciones, persecuciones y todo lo que tenía que ver con mojar con el agua de los globos al enemigo. Esta variante del juego se podía conjugar con la guerra del grifo. La fuente tenía cuatro grifos. Estaba situada pegada al muro sur y central del edificio del colegio. A su lado oeste se encontraba, en una disposición de noventa grados, un muro que servía para ocultarse del agua arrojada por un jugador-soldado desde el grifo del lado este. Este otro lado de la fuente, el borde este, tenía una columna de hierro oxidado que servía, lo mismo que el hueco del muro para el contrincante, también para la propia defensa de su oponente. El quid de la cuestión era encender el grifo pulsando un pistón superior del mismo, presionar con la mano el agua que salía del grifo y, así, apuntar con el agua que expulsaba la fuente y dirigirla contra el contrincante. Las dos formas del juego se podían alternar o se podían practicar

haciéndolas coincidir. Valían tanto las guerras de agua como las guerras de grifo.

También había otra actividad cuyo sentido lúdico evadía a los estudiantes de las materias que se impartían en el aula. Era el juego de las chapas. En su forma más compleja reproducía este juego las Vueltas Ciclistas a España, con tapas metálicas de botellas de agua o de botellines de cerveza que cada cual cogía de su casa y que se decoraban, en su parte cóncava, con una superficie de papel con un eslogan que hacía las veces de maillot ciclista. Los niños comparaban las chapas con un sentido estético. Se ponía especial atención al trazado del recorrido por el que tenían que circular las chapas, poniendo peraltes de arena húmeda y fina en las curvas. Se podían lanzar las chapas de metal de distinta manera: en redondilla, en toba (con el dedo corazón) o con el dedo índice de la mano derecha tras hacer palanca con el de la otra mano.

El juego preferido de las niñas era el salto a la comba y el aro volador. Este último consistía en mantener girando alrededor de la cintura un aro con el movimiento acompasado de la cadera. Obviamente, el aro era una circunferencia más amplia que la cadera de la niña o del niño que jugase con él, y se daba la necesidad cinética de una suerte de autodominio corporal para poder balancear el cuerpo y hacer que el aro volador se mantuviera a la altura de la cadera y no bajara hasta los tobillos. Es lo que se llamaba el juego del *hula hoop*. También se divertían los niños con manga, media manga, manga entera o, llamado sencillamente, burro. Se trataba de un juego en el que una persona se ponía de espaldas a una pared, en el exterior, en uno de los porches del patio del colegio, el porche este, y, junto con su equipo, formaba una estructura de cuerpos distribuidos a partir de esa primera persona, situada justo de espaldas a la pared. Esto es, situada esta persona de pie y mirando hacia el sur, y hacia los otros participantes de su equipo, desde el primero, que ponía su cabeza entre las piernas de aquella, la cual recibía el nombre de «puerto», adosada a la estruc-

tura de ladrillos, y, así, sucesivamente, se colocaban los demás. El siguiente del grupo metía la cabeza entre las piernas del anterior, en la parte trasera de su cuerpo, y se formaba una prolongación, en adelante del puerto, de miembros del grupo que avanzaban hacia el sur, aunque iban orientados con sus cabezas hacia el norte, dado que metían progresivamente la cabeza entre las piernas de cada sucesivo componente anterior del equipo. Era una estructura parecida a un cangrejo, pues avanzaba hacia atrás, pero mirando hacia delante. El otro equipo se lanzaba, cuando su turno no era el de puerto, saltando por encima de los cuerpos a medio inclinar e iban situándose desde el frente del puerto, a horcajadas, sobre las espaldas de los otros cuerpos de la estructura de cangrejo. Entonces, el primero de los jinetes ponía una de aquellas tres posturas de las mangas del jersey que daban nombre al juego; es decir, decía: «¿Manga, media manga o manga entera?». Y el resto de burros, encabezados por el más cercano al puerto, trataba de acertar tal postura, una vez que el primero de los jinetes indicaba con su mano la postura de manga, media manga o manga entera, haciendo, como digo, que la persona puerto preguntara a su equipo de burros tal pregunta: «¿Manga, media manga o manga entera?». Lo decía con voz cantarina y, así, el primero de los burros decía la opción, o bien manga, o bien media manga, o bien manga entera y, si acertaba, la posición de jinetes y de burros se invertía la situación y se producía la alternancia de los miembros del equipo que tomaba la iniciativa de saltar como jinetes sobre los cuerpos de los burros y mostrar después la postura que se prefiriera, para que la adivinara el primer burro, tras indicarlo quien tenía prioridad en cabalgar con su gesto de la mano sobre el jersey, señalando manga, media manga o manga entera.

También había juegos más comunes, como la rayuela, el fútbol, el rugby o el baloncesto. Con respecto a este último, al baloncesto, volveré más adelante. Antes tengo que hablar de otro deporte, poco apropiado para practicarlo en equipo. Acontecía

que el estudio solía ser en el interior de las aulas y los juegos, en el recreo. Eso no implicaba que alguien no pudiera colarse en tales aulas después de haber estado almorzando en el comedor. Acabado el primer turno de clases, los niños se dispersaban por el patio, hasta que, después de que la profesora de Gimnasia leyera un listado nombrando a los alumnos, se les permitiera dirigirse al comedor. Se accedía al comedor subiendo una rampa interior del colegio que daba a un pasillo, por el que había que girar a la derecha y, después de avanzar unos pasos, había una puerta, a mano derecha también, que daba al comedor. Los niños cogían una bandeja y se la iban llenando, según avanzaban por una fila del lateral y frontal del comedor, con alimentos y un postre que, después, ya sentados, ingerían y, tras lo cual, devolvían la bandeja, ya vacía, al lugar del frontal del comedor donde había un hueco, junto a los grandes pucheros de la cocina, donde Lurdes, la mujer de Ilario, daba vueltas a los alimentos, ya fueran garbanzos, judías, lentejas o cualquier otro plato. Cocía los alimentos, los freía y los presentaba del modo en que ella deseaba, de manera distinta cada día, disponiéndolos para nutrir al alumnado. Hago este inciso para decir que era frecuente salir al exterior del colegio, al patio, después de haber comido; no hacerlo y permanecer oculto en el interior del mismo, del colegio, era infrecuente. Sin embargo, se podían realizar mapas del interior del edificio para cifrar la estancia dentro de él en un lenguaje establecido entre los alumnos, si se contravenía el derecho consuetudinario que obligaba a salir afuera del recinto del colegio por parte de los estudiantes, una vez estos ya habían almorzado. Solo hacía falta un código alfabético y un número. El código alfabético se escribía en un papel e indicaba el lugar. El número escrito junto al código indicaba la hora. Esta clave servía para quedar en un sitio del interior del colegio a una hora. Los niños que tenían este cifrado propio se dirigían a tal lugar después de comer, a la hora correspondiente.

Un día, a Felipe, tras acordar el lugar y la hora, en un aula de la primera planta del colegio, a la una y media, le dio una ventolera. Cogió una silla y la arrojó por la ventana al exterior del patio. Después agarró los lápices de una mesa y los fue tirando, tratando de dar a los niños que estaban jugando en el recreo. Le amonestaron por igual a él y a Federico, aunque este último no había contribuido más que con su presencia al mencionado estropicio. Otro día, Felipe tuvo la feliz idea de coger una mochila, la de Dolores, y meterla en el interior de un mueble que había en esa misma aula, en uno de sus cajones. Cuando Dolores dijo después a la maestra, ya en horario lectivo, que no encontraba su mochila, nadie dijo nada. Nadie excepto Ramiro, quien, atinadamente, señaló el armario como posible lugar donde pudiera estar la cartera extraviada. Una vez Ramiro hizo este comentario, Federico miró a Felipe, quien le indicó con el dedo índice, llevándoselo a los labios, que se mantuviera callado y que no lo delatara. Federico era, además de Felipe, como es lógico, la única persona que sabía de su ardid de haber escondido la mochila en el armario. El resultado y las consecuencias de todo esto fueron que Ramiro fue acusado injustamente y obligado a repetir curso por haber escondido, supuestamente, la cartera de Dolores. Felipe salió inmune y Federico no pasó por ser un chivato.

Algo que rompía la monotonía del tiempo de recreo era la visita al perímetro vallado del recinto del patio escolar por parte de alumnos de otros colegios, que nos venían a ver después de escaparse de sus propios colegios. Surgían entre los niños leyendas sobre esos personajes fuera de la ley, a partir de la comunicación que se establecía a través de las rejas de la valla. Eso provocó el deseo mimético de querer explorar, lo mismo que hacían ellos, el exterior del recinto escolar, para cuyo cometido se hizo un agujero en la cerca del patio, ya no solo para ir a por el balón de fútbol cuando salía despedido por un chut inoportuno, sino para escapar hacia la dehesa que rodeaba todo el pequeño colegio. Te-

níamos cierta noción del exterior del colegio como consecuencia de que se hacían certámenes de atletismo, bajo la dirección de la profesora de Educación física, en los que Federico siempre vencía, pese a que corría mirando hacia el suelo. Solía vacilarle y tirarle los tejos a la maestra de Gimnasia después de cada triunfo, tras cada carrera de fondo, mientras se medía las pulsaciones. Ella sostenía el reloj para indicar el lapso de tiempo en el cual tenían que caber los latidos de corazón de los alumnos tras la competición atlética. Federico fue elegido por la maestra de Educación física para participar en una serie de carreras de fondo en las que participaban los mejores de todos los colegios de la región. Federico solía quedar entre los diez primeros competidores, pero, viendo el trapicheo que hacían algunos falsos corredores, que se saltaban las bandas de plástico que indicaban el trazado de la carrera, en cuyo interior se tenía que desarrollar el certamen, Federico le comunicó un día a su maestra que ya no quería competir más, pues había tongo en cada carrera de fondo federada en la que participaba. Desde entonces, Federico se olvidó de la ejemplaridad y decidió unirse al grupo de los niños que saltaban la valla del colegio clandestinamente y se adentraban en la dehesa para explorar lo que había extramuros del recinto cercado del edificio escolar.

Había una alumna de Bolivia llamada Celinia que siempre se estaba riendo mientras se impartían las clases lectivas. Eso molestaba terriblemente a Federico, quien se vio satisfecho cuando se produjo un suceso. Habiéndose producido una estampida de estudiantes al término del horario escolar y estando él, Federico, persiguiendo a Eloísa para abrazarla y darle un beso tras una larga carrera, se encontró con que, cuando superaba a Celinia en el recorrido por un camino interior de la urbanización que había al lado del colegio, donde vivían algunos alumnos, y donde siempre llamaba la atención de Federico la profusión de vegetación, en contraste con lo árido del suelo del recreo, se produjo el acontecimiento según el cual, al ir a ser apresada Eloísa por Federico,

Celinia, que corría también por allí cerca, tropezó y pareció darse con los dientes en un bordillo de uno de los escalones de una escalera situada en el interregno del trayecto interior de la urbanización. Ella, asustada por las nociones que se daban en el aula y por miedo a repetir curso, se había visto en la tesitura de dejarse llevar por el pánico en su fuga, con lo que midió mal el paso y se embarrancó con el borde de los escalones, junto a un arbusto que perfilaba la dirección del paseo interno de la colonia de casas aneja al colegio. Celinia giró hacia un lado la cara justo antes del impacto, por lo que el golpe no se lo llevó su dentadura, sino su pómulo derecho. Cuando luego Federico alcanzó a Eloísa y le dijo, riendo, lo que le había pasado a Celinia, Eloísa no reaccionó como Federico esperaba. No le hizo gracia el suceso y fue a ver qué le había pasado a Celinia, quien ya se encontraba sobrepuesta del golpe. Eloísa, que había adquirido predisposición por la asignatura de Ética, se desentendió de Federico, el cual se quedó compuesto y sin novia.

En una clase de Ciencias Naturales, después de comer, por la tarde, la maestra de esta asignatura había logrado que los alumnos del aula trajeran, cada uno de ellos, unos pulmones de gallina junto con su respectiva tráquea. Habían tenido que ir al supermercado a hacer la compra, cada uno de los niños junto con sus respectivas madres, y hacer el pedido que exigía la maestra al carnicero. La maestra les indicó que le hicieran un agujero con un punzón a la tráquea del aparato respiratorio de la gallina. Los alumnos preguntaron dónde estaban los punzones. La maestra dijo que podían utilizar los lápices o los bolígrafos para hacer la perforación, y así lo hicieron los niños. Después, la profesora de Ciencias Naturales, con un tono de voz algo excéntrico, tal vez histriónico y teatral, les invitó a que soplaran por el hueco del bolígrafo, una vez fue desprovisto este de su cartucho interno, con lo que se produjo la hinchazón de los pulmones de las gallinas. Los alumnos se quedaron perplejos al ver la elasticidad del

tejido del aparato respiratorio del animal, ante lo que la maestra les dijo que ya podían hacer como su marido cuando fueran más mayores; es decir, fumar todo el tabaco que quisieran, pues los pulmones de los hombres, lo mismo que los de las gallinas, como les comentó entonces, son muy dúctiles y maleables.

El día de Carnaval, Tomás se había de vestir de pirata. Le había pedido a su madre unas botas y un trozo de tela para hacerse un parche, junto con un pintalabios para dibujarse una mueca siniestra en el rostro. La madre de Tomás era coja, y él pensaba que la cojera de su madre se le trasladaría a la bota, de modo que, al andar con la bota de una coja, parecería que la cojera estaría en la bota y eso haría que, cuando él se la pusiera, ya de por sí, por el efecto del propio objeto, la cojera también le afectaría a él, de modo que podría aparentar ser un pirata con pata de palo o, en su defecto, cojo, con solo calzársela. Cuando llegó al colegio, se sentó en su silla del aula y sacó, primero, las botas de su madre; luego, el parche de pirata y, después, el pintalabios. Entonces apareció la profesora de Biología y le preguntó si necesitaba ayuda. Tomás le dijo que quería disfrazarse de pirata. La maestra de Biología le dijo que eso era pan comido. Como Tomás no tenía un espejo delante, no se podía ver, ante lo cual se dejó llevar por la pericia de la profesora. Cuando hubo acabado, sin darse cuenta, o tal vez fingiendo, le dijo ella que el parche se había roto, pese a lo cual tenía las botas de pirata y la mueca siniestra de un filibustero. Salió del aula y, en la plataforma interior y descendente, de camino al recreo, se topó con Federico, el cual se apartaba temeroso de él, diciéndole que el significado del Carnaval es manifestar nuestra personalidad oculta y que él le daba miedo porque iba disfrazado de mujer, lo cual resultaba alarmante. Tomás le dijo que creía que iba vestido de pirata. Federico le abrazó y le pasó el brazo por los hombros a Tomás y le dijo que ese año no había acertado con el disfraz de Carnaval, es decir, un vestido de mujer, pero que, si quería provocar el efecto deseado, es decir, parecer un

pirata, no tenía más que cortarse la pierna derecha con una sierra a la altura de la rodilla y, entonces, ya no tendría que disimular su cojera, con lo que el día de Carnaval, para parecer un pirata, no sería necesario parecerlo, pues tendría, con solo añadirle un palo a su muñón de la pierna, su traje ya casi concluido de manera natural. Esa era, le decía Federico a Tomás, la manera en que debía resolver su problema con el disfraz de pirata.

Felipe había sido invitado por Federico a dormir en su casa. Cenaron y se fueron a la habitación. Allí se quedaron dormidos ipso facto. Por la mañana, la luz entraba por la ventana. Federico miraba al techo, mientras Felipe se masturbaba. Apareció en el pasillo que daba a la habitación la madre de Federico, quien le dijo a su hijo que le dejara a Felipe un libro de Matemáticas. Felipe lo llevó muy mal y se dijo a sí mismo que tenía que hacer lo mismo: meterse en la intimidad de la gente. Felipe y Federico se fueron a pasear por los alrededores de la casa de Federico. Había allí casas que estaban en proceso de construcción, por lo que Felipe, con el mencionado deseo de voyeurismo que había adquirido, convenció a Federico para que entraran en esas casas que estaban a medio construir. Esquivaron la mirada de los obreros, escondiéndose en las paredes y esquinas exteriores de las obras; se adentraron en un garaje, donde había coches de alta gama, estilo Jaguar y Rolls-Royce. Subieron, asombrados y temerosos, por una escalera que daba al interior mismo de la casa en la que estaban escondidos y vieron una inmensa caja fuerte. Trataron de abrirla, pero entonces surgió una mujer desde lo alto de las escaleras y les preguntó qué hacían allí. Federico dijo que habían cerrado la compuerta de la caja fuerte porque se había quedado mal cerrada y no querían que a los dueños de la casa les robara nadie, ante lo cual ella les dijo, indulgentemente, que les había visto entrar en la casa por la cámara de seguridad. Les invitó a dar un paseo en el coche que prefirieran. Felipe estaba aterrorizado, por lo que la señora cedió y los dejó marchar hacia afuera por la

puerta del garaje, que abrió para que escaparan. Antes de todo este lío, cuando aún no había visitado Felipe la casa de Federico, se reía cuando Federico le decía que su casa tenía cinco cuartos de baño. Eran demasiados para una casa, tampoco tan grande como correspondería a una de cinco aseos. Felipe no se lo quería creer y le decía que mentía, mientras se reía de su petulancia. Después del coitus interruptus de Felipe y su paseo por el riesgo de violar la propiedad privada de la casa de la caja fuerte, Federico le fue mostrando uno a uno los cinco cuartos de baño que poseía su casa. Desde entonces, todo lo que era sobresaliente en Federico era codiciado por Felipe, ya fuese en el ámbito del deporte o del amor.

El siguiente suceso aconteció una tarde, después de almorzar en el comedor. Federico tenía diarrea y casi no llegaba al baño; estaba enfermo de colitis. Salió despistado de los aseos y con el rostro descompuesto. Pasó el tiempo del recreo y el director del colegio interrumpió las clases de la tarde, dando la alarma del colegio. Había sucedido algo. Los profesores se las idearon para poner en fila a todos los alumnos. Estos no sabían qué pasaba, si era un acontecimiento afortunado, una sorpresa o qué cosa. La fila se dirigía hacia la puerta del comedor, donde concluía. Cuando Federico estuvo al principio de la fila, en su turno, vio al director del colegio en el interior de los aseos que había al lado de la puerta del comedor. Le indicó con el dedo que se acercase. Federico se introdujo en el interior de los cuartos de baño. Fue mirando a la izquierda, hacia la primera letrina; después, a la segunda; no había nada extraño. Sin embargo, cuando se asomó al tercer retrete, el olor le pareció inmundo. Alguien había defecado fuera de la taza y había extendido sus heces por todas las paredes del aseo, incluso por el interior de la puerta. El director le preguntó si sabía quién había cometido esa tropelía. Federico dijo disimuladamente que no lo sabía; aunque, añadió, podía haber sido alguien que no encontró papel para limpiarse, pues no lo

había en el interior del aseo. Además, comentó, los presos del IRA hacían otro tanto en las celdas de la cárcel en las que estaban presos; es decir, embadurnarlas de mierda. El director quedó gratamente sorprendido por las contestaciones de Federico y le dijo que permaneciera quieto, enfrente del retrete y, acto seguido, obligó, ante la presencia de Federico, al resto de los alumnos a que limpiaran y dejaran impoluto el cuarto de baño. Después, el director le dijo que ya podía continuar sus lecciones de la tarde.

En el colegio había dos pares de gemelos, a los que distinguíamos como los buenos gemelos y los malos gemelos. Los buenos gemelos, como resulta obvio, no eran problemáticos, pero los malos sí que lo eran. Estos últimos se llamaban Toño y Fermín. Un día, en el que estaban jugando los estudiantes al fútbol, el balón reventó. Se le hizo una grieta y perdió el aire. El balón de fútbol quedó abandonado en medio del recreo. Entonces, Toño le dijo a Federico que cogiera el balón y lo llenara de arena, para que recuperara su apariencia. Así lo hicieron los dos. Después se metieron con el balón en un pasillo interior, longitudinal a la planta del colegio. Depositaron el balón al inicio del pasillo, limpiaron la poca cantidad de arena sobrante y lo dejaron dispuesto en tal extremo del corredor. Solo faltaba encontrar la víctima expiatoria, lo cual fue obra de Toño, al decirle a otro niño, con el que tenía que ajustar cuentas, que se metiera en el interior del colegio. Allí estaba esperando Federico, quien le saludó y, al mismo tiempo, fingió alegría al ver el balón. Federico dijo que podían jugar a pasarse, golpeándolo con el pie, el balón de extremo a extremo del pasillo. De modo que Federico haría de guardameta, y Toño y la víctima expiatoria harían de tiradores de penalti. Toño le cedió el turno de inicio al chaval con el que tenía que ajustar cuentas. Federico le indicó que tenía que coger carrerilla y dar al balón con la punta del pie, y muy fuerte, en el centro del mismo. El chico retrocedió, miró hacia donde iba a alcanzar con el balón y, ¡zas!, tras el fuerte golpe al balón, este se mantuvo en reposo y el pie del

muchacho se quedó pegado al esférico lleno de arena. Entonces, Toño le dijo que ya había saldado su cuenta pendiente, tras lo cual el chiquillo se fue al patio, cojeando por el pasillo.

Después de esta treta de uno de los gemelos malos, en concreto de Toño, a este le dio por hacer equilibrios en el tiempo de recreo en un conjunto de pasarelas metálicas que había allí para proteger la caída por una rampa que daba acceso a la puerta que había que atravesar cuando llamaban a los alumnos por el nombre para ir al comedor. Toño cada vez se sentía más libre e independiente, según avanzaba de pie sobre la superficie superior de la pasarela, sobre el pasamanos, el cual no tenía ni el grosor de una zapatilla, y por el que iba ascendiendo hacia lo alto. La cuestión es que Toño, cuando estaba de pie en la cúspide de su aventura sobre el pasamanos, se tropezó y cayó de frente hacia el suelo de hormigón desde la altura del pasamanos; es decir, unos dos metros de caída. El resultado fue que se le abolló la frente como un globo y que se fracturaron las dos muñecas de sus respectivos brazos. Al caer había tratado de suavizar el golpe por medio de la anteposición de los brazos y amortiguar así la caída. Pero fue inútil: sus manos cedieron y sus muñecas se plegaron más allá de lo corporalmente permitido, con lo que su cabeza, sin ningún freno, fue a dar al suelo. Inmediatamente, un profesor que había visto el accidente se lo llevó al botiquín y lo trasladó a un hospital. Al cabo de unos días estaba más tranquilo de lo que solía ser su conducta común. Tenía dos vendajes en sus muñecas y una cabeza en cuya frente había un bulto similar al balón de arena con el que había tratado de vengarse y ajustar cuentas con aquel otro muchacho que acabó cojeando por el pasillo, después de darle un puntapié, tal y como le había indicado Toño que tenía que ser la metodología del chut.

El pasillo de la planta baja del interior del colegio era longitudinal a este, como se dijo anteriormente. En el extremo oeste de este mismo pasillo había unos aseos. Además, en la parte este del corredor había unos ventanales a cierta altura. En los lados

izquierdo y derecho, con respecto al eje central del pasillo, había dos puertas: la de la izquierda daba a la biblioteca y la de la derecha era la que había que franquear para pasar al laboratorio. Entre medias de estas dos puertas había una plataforma ascendente que había que subir para ir al comedor, una vez que se mencionaba el código asignado a cada alumno para dar el turno de acceder a la sala donde se almorzaba. La plataforma ascendente daba a la planta cero, la que estaba en la misma línea de horizonte que la urbanización, cuya vegetación llamaba tanto la atención de Federico y que, por el lado norte, se fundía con una de las puertas metálicas de salida del recinto del colegio. Por allí los alumnos pasaban, acabado el día lectivo, en dirección a sus casas.

Pues bien, en la mitad del pasillo de la planta baja, enfrente del acceso a la plataforma, había unas escaleras que también ascendían hasta la planta uno y al desván, algo más arriba. En el pasillo de la planta baja había, en su lado este, como digo, tres puertas. La primera era una de cristal que daba al sur, a un porche del colegio. Luego, en el extremo este, estaba la casa de Ilario, el conserje. Y, a la derecha de la plataforma para subir a la planta cero, estaba la puerta del laboratorio, también llamado «sala de ensayos y experimentación». Al comedor se accedía atravesando la puerta de citación, donde la maestra de Gimnasia pasaba lista para ir a almorzar de uno en uno, de modo que después había que subir por la plataforma hasta la planta cero, hasta la línea de horizonte donde estaba la urbanización aneja al colegio, tal y como se la veía desde el interior del colegio.

Después de subir por esta pista, se topaba uno con un pasillo paralelo al de la planta baja y que era perpendicular en sus dos tramos con respecto a esta divisoria que formaban las dos rampas interiores: la propia que se atravesaba para subir a la planta cero y la otra, que ascendía paralelamente a la anterior y que iba hacia la planta uno. Una vez subida la plataforma de acceso a la planta cero desde la puerta de abajo, donde se entonaba el dictado de

los alumnos dispuestos para ir a comer y, como dije, donde había un pasillo que cruzaba de izquierda a derecha antes de subir por la pista de ascenso a la planta cero, la que tenía vecindad con la vegetación de la colonia de pisos adyacente, tal variedad de follaje se podía contemplar desde el interior del colegio, a través de las puertas acristaladas del porche norte, el de enfrente de la puerta principal de hierro oxidado que había un poco más adelante del muro de esa misma orientación del edificio, la del norte del colegio. A través de las vidrieras de la puerta del soportal se veía alguna flor de adelfa, algo de la fronda de la urbanización anexa al colegio. Sin embargo, la puerta de salida del patio, que estaba descascarillada y llena de hierro oxidado en su cara norte, situada en paralelo y a cierta distancia hacia el exterior con respecto a la puerta con cristaleras, ocultaba gran parte de los arbustos, flores, árboles y plantas que había unos metros más allá del recinto vallado del colegio.

Pues bien, al final del tramo derecho del pasillo de esta planta estaba el comedor, al que se accedía, a mano derecha, por una puerta pequeña, en comparación con las dimensiones del interior del comedor. Había puertas en los dos fondos de los extremos del pasillo de esta planta cero para sendos aseos: a la derecha del pasillo, al fondo, un baño para los niños y las niñas, junto a la puerta del comedor y, a la izquierda, en el fondo del corredor, en el extremo oeste, según se miraba al norte, hacia la vegetación extramuros del colegio, estaban los aseos para los maestros. También había puertas distribuidas a lo largo de este pasillo que daban acceso a diferentes aulas, organizadas por cursos, y otra puerta, nada más girar a la izquierda, según se subía por la plataforma ascendente y se llegaba al pasillo, enfrente de la cristalera. Esta puerta, situada a la izquierda de la pista de ascenso al pasillo de la planta cero, daba acceso, al franquearla, al despacho del director del colegio. Después, al atravesar un pequeño pasillo interior, se llegaba al comedor de los profesores, a mano izquierda, y, al fon-

do del pasillo interior, estaba el despacho de Psicología y, en esta misma sala, la mesa de secretaría.

Pues bien, Toño había estado asistiendo durante unos días a las clases de sexualidad de su profesora de Biología. Estas clases de sexualidad se impartían en la sala de ensayos y experimentos antes citada. Toño andaba algo deprimido por los golpes del incidente de la pasarela. Así que, movido por un impulso instintivo, abrió la puerta de tal laboratorio con una ganzúa y sus manos temblorosas. Una vez dentro del laboratorio, comenzó a tocarle los senos y el vientre a un maniquí femenino y desmontable que tenía allí la maestra de Biología para enseñar el funcionamiento de los órganos del cuerpo humano, incluidos los órganos sexuales, que despertaban la libido y el fetichismo de Toño. Se demoró tanto con el maniquí de plástico que, sometido a tanto acoso, acabó perdiendo el hígado y el estómago, con lo que Toño se vio en serias dificultades a la hora de reconstruir todo el conjunto de órganos de su oscuro objeto de deseo.

Lorenzo tenía una habilidad especial con todo lo que tuviera que ver con el equilibrismo. Mientras Felipe y Federico luchaban en el patio, compitiendo al jugar al baloncesto en la cancha de tierra o al tratar de ligarse a Azucena, Lorenzo se lanzaba a los hierros horizontales y elevados de la estructura metálica de las canastas de baloncesto y se balanceaba como un gimnasta de barra fija con sus equilibrios. Un día, Federico, harto de los ganchos baloncestísticos de Felipe, se fue junto a Lorenzo y se sentó sobre una barra de hierro situada algo más arriba de los bloques de cemento que hacían de contrapeso para que la canasta no se cayera. Federico le dijo a Lorenzo cómo lograba balancearse en la barra de la canasta de baloncesto. A lo que Lorenzo le respondió que únicamente tenía que saltar, agarrarse con las dos manos a la barra y dejarse llevar como un peso muerto. Federico, siguiendo las indicaciones de Lorenzo, agarró la barra después de saltar hacia ella y comenzó a balancearse como otro gimnasta, algo más

aficionado y no tan preparado como lo era Lorenzo. Entonces, Lorenzo le dijo que tenía que hacer fuerza con el estómago para encontrar mayor fuerza de basculación. Así lo hizo y se balanceó con mayor oscilación. De modo que, cuando se inclinaba con el cuerpo hacia atrás, donde se encontraba Lorenzo, este le cogió del chándal de algodón y se lo bajó hasta los tobillos, quedándose Federico solo con los calzoncillos y balanceándose en la barra metálica horizontal de la canasta de baloncesto. Luego saltó hacia delante, cayó de pie sobre la tierra y se subió los pantalones.

Ese acontecimiento no fue nada en comparación con lo que le esperaba a Federico. La técnica del balanceo sobre las barras de las canastas de baloncesto había ido evolucionando hasta hacer de los alumnos verdaderos simios saltando en una jungla de barras de hierro que hacían las veces de lianas. Una aciaga tarde de primavera, estaba Federico colgado del aro de la canasta. Justo debajo, en la zona de los bloques de cemento, estaba Felipe. Felipe, intencionadamente y recordando con envidia el número de cuartos de baño de la casa de Federico, trató de asustarlo, diciéndole que le estaba viendo y que venía hacia él un profesor. Ante el pavor de ser castigado, Federico quiso asirse a una barra horizontal desde el aro de la canasta de baloncesto del que colgaba, pero tenía sudor en las manos. Se le deslizó la palma de la mano derecha, con la que trataba de desplazarse desde el aro hacia la barra lateral de la estructura de la canasta, debido a que tenía humedad en ella, y su cuerpo viró en el aire, suspendido por la mano derecha que se le escurría del barrote, quedando libre la izquierda, que venía del aro y que, al no poderse agarrar a nada, no iba hacia ningún otro destino distinto del suelo cuando se desplomó con todo su peso sobre el brazo izquierdo desde la altura del aro, quedando este fracturado por el cúbito y el radio. La fractura era seria, pues Federico, después de caer, con toda la adrenalina en el cuerpo, había tratado de comprobar cómo se encontraba el antebrazo, con lo que, al tocarlo,